

El nuevo desorden mundial

*Ana María Salazar**

A raíz de los atentados terroristas del 11 de septiembre, nos encontramos en un mundo confuso y extraño. La sensación de seguridad y prosperidad que, en su momento, permitió que los estadounidenses descuidaran el entorno mundial, se derrumbó. Despertaron en un mundo peligroso e inseguro.

El 11 de septiembre fue la “crónica de una muerte anunciada”. Seamos claros: a los expertos en este tema no nos extraña que ocurriera este ataque terrorista. Lo sorprendente es que no haya ocurrido antes. A través de los años, un grupo de países, ya sea directa o indirectamente permitió que germinaran y florecieran grupos terroristas cuyo objetivo es traducir al mundo la frustración, el odio y la sed de venganza de los marginados del Medio Oriente.

Para ser terrorista se requieren relativamente pocos recursos, en comparación con los cuantiosos gastos de defensa de un país como Estados Unidos. El arma principal de aquéllos radica en que son individuos dispuestos a matar inocentes y a morir por su causa. Y no hay dinero, tecnología ni recursos en el mundo que protejan con absoluta seguridad a un país de este tipo de ataques.

Las televisión dejó a todo el mundo vivir y atestiguar, minuto a minuto, la muerte de miles de personas. Este macabro uso de la tecnología también nos ha permitido presenciar el nacimiento de un nuevo desorden mundial: ahora vivimos en el que Estados Unidos

* Laboró en la Casa Blanca, el Pentágono y el Departamento de Estado. Se graduó en la Facultad de Derecho de Harvard y es académica en el Instituto Tecnológico Autónomo de México. Además, es directora del portal <www.seguridadnacionalhoy.com.mx>. Correo electrónico: <salazaropina@aol.com>.

pasa de ser victimario a víctima. Los estadounidenses vieron caer su fortaleza como un castillo de naipes. El otrora país orgulloso de la gran libertad y diversidad de sus habitantes, ahora se cuestiona si no fueron esas mismas virtudes las que dejaron la puerta abierta para que los terroristas entraran “hasta la cocina”.

A la luz de la era posterior a la guerra fría, parecía que por fin los países enfocarían sus esfuerzos y recursos a la seguridad global, para atacar las desigualdades sociales, la extinción de la pobreza, la lucha por el entendimiento mutuo, el desmantelamiento de los enconos, el fortalecimiento de las democracias y la construcción de puentes de diálogo. Un mundo donde el bienestar de nuestros semejantes aseguraba nuestra seguridad. Desafortunadamente, los hechos del 11 de septiembre nos permitieron ver que es inexistente este mundo color de rosa.

En su momento, la guerra fría fue un choque de ideologías políticas en cuanto a qué sistema favorecía mejor el desarrollo humano. En el nuevo desorden mundial, el conflicto no es ideológico, la guerra gira en torno a los intereses de Estados Unidos y los países desarrollados: proteger el suministro del recurso vital que mueve sus industrias y economías, es decir, el petróleo.

Las operaciones militares de Estados Unidos y sus aliados, en contra de países que en su momento han apoyado grupos terroristas, corren el riesgo de cercenar las venas que conducen el petróleo para su misma existencia. En la nueva era, la paradoja para aquel país y sus aliados será cómo erradicar la capacidad mortal de los grupos terroristas, sin dañar el hogar que los alberga.

LA REACCIÓN DE ESTADOS UNIDOS

Bush hizo un llamado a la guerra en busca de justicia. Líderes mundiales, amigos y enemigos de este país se unieron a las voces bélicas. Los mismos países del hemisferio, en declaraciones insólitas ante la OEA, expresaron su voluntad de levantar las armas contra el nuevo enemigo común. Y no es de sorprender esta belicosidad latinoamericana. Cuando se concluya la macabra tarea de contabilizar las víctimas del atentado, muchos países del hemisferio recordarán el 11 de sep-

tiembre como la fecha en que más ciudadanos de diversas nacionalidades perdieron la vida en un acto terrorista.

Aunque el mundo se viste de guerra en este momento, se debe contener la histeria y darle las debidas dimensiones a lo que está sucediendo. A pesar de las imágenes que ofrece la televisión, *no* estamos en la antesala de una tercera guerra mundial, *no* habrá una guerra santa, Estados Unidos *no* desplegará sus armas nucleares, *no* enfrentaremos una prolongada contienda armada de años y años.

¿Cómo podemos afirmar esto cuando las encuestas indican que 90 por ciento de los estadounidenses apoya una respuesta bélica contundente y mortífera contra los autores y países que perpetraron el atentado? Porque al país que menos le conviene una guerra prolongada es a la misma víctima. Para que no continúe la caída de los mercados, el deterioro de la economía mundial, y se pueda fortalecer la confianza del consumidor y de los inversionistas, Estados Unidos no puede mantenerse en una guerra prolongada e inestable. Las mismas presiones del sistema financiero impondrán las pautas de la duración e intensidad de la respuesta bélica estadounidense.

No es fácil atacar el terrorismo, y los misiles Tomahawks no necesariamente son las armas más eficientes; pero, cuando mueren más de tres mil personas en menos de dos horas, más que eficiencia, se busca contundencia. Aunque no sólo se combate el terrorismo con grandes operaciones militares, parte de la respuesta se concentra en el silencioso mundo de la inteligencia y el espionaje. La efectiva prevención de futuros atentados dependerá de la capacidad de obtener y compartir información sobre las actividades de estos grupos entre los Estados que colaboren para ello.

Los países que se han comprometido a apoyar a la Unión Americana en su respuesta bélica, también tendrán la responsabilidad de modular la magnitud de la reacción. No es gratuito que el presidente de Francia y el primer ministro de Inglaterra viajaran casi inmediatamente para conversar con su homólogo, el presidente Bush. Para los países amigos, la ayuda a Estados Unidos depende en gran parte de que las represalias contra los asesinos y los países anfitriones no sean reacciones descabelladas, de ser así, los países amigos perderían el apoyo político interno.

RETOS PARA MÉXICO

La polémica discusión sobre el apoyo de México, pese a los vínculos políticos, económicos y sociales con su vecino no se cuestiona, y la solidaridad es obvia. Aun así, el Ejecutivo, la clase política, los legisladores y líderes de opinión terminaron con serias diferencias respecto a la masacre del 11 de septiembre y la postura mexicana.

Después de Estados Unidos y Afganistán, México es el tercero más afectado por los atentados en Washington y Nueva York; no obstante, su reacción no sólo fue la más lenta y tibia de todos los países occidentales, sino que hasta la fecha no es clara la estrategia que está emprendiendo para contrarrestar el hecho de que las cinco fuentes de divisas más importantes del país están siendo seriamente golpeadas. Con tantas sorpresas cotidianas en este nuevo mundo, ciertamente es difícil predecir cómo se sucederán los acontecimientos, y uno entiende las dificultades del gobierno de México para desarrollar una nueva agenda como reacción ante tantas incertidumbres.

Sin embargo, hay tendencias claras, y no se requiere ser experto en seguridad nacional para asumir que esto empeorará. Basta mirar hacia el norte, ya que la frontera es la franja más sensible ante estas situaciones; aunque ésta fuera siempre volátil y con frecuencia violenta, antes del 11 de septiembre existía una estabilidad que permitía la coexistencia e interdependencia pacífica, accediendo a que miles de mexicanos y estadounidenses la cruzaran a diario, pero con la seguridad de que esa línea invisible no detendría sus actividades cotidianas.

De ser invisible, se convirtió en una frontera real. Ahora no se sabe cuánto tiempo se tardará en cruzarla, ya que podría ser de media a tres horas. No únicamente se revisa más cuidadosamente a los que cruzan en auto o a pie, siempre existe la posibilidad de que simple y llanamente se cierre. El TLCAN proporcionaba orden y estabilidad para asegurar que 85 por ciento de las exportaciones mexicanas destinadas a Estados Unidos franquearan esa frontera. Cabe recordar que ésta es la primera fuente de divisas para el país. Ahora, al contrario, muchos han olvidado la famosa Cláusula de Seguridad Nacional del TLCAN, que nuestro vecino puede retrotraer en cualquier momento, permitiéndole no poner en marcha el tratado. Por ejemplo, se corre el riesgo de la invocación de esta cláusula para prevenir

que el autotransporte mexicano incurriera en territorio estadounidense, a pesar de que claramente lo permite el TLCAN y que la decisión del panel arbitral apoyaba la posición de México.

Además, la inestabilidad mundial y la recesión ocasionaron una reducción de la demanda mundial de productos de exportación, petróleo y de los flujos de inversión extranjera directa en México. Cada una representa la primera, segunda y tercera fuente de divisas para el país. Todos conocen las dificultades que los mexicanos padecen para ingresar legalmente a Estados Unidos; es inimaginable, entonces, lo que padecen quienes intentan cruzar sin documentos.

Lo desolador es que se espera un drástico incremento del número de personas que intentarán cruzar la frontera. ¿Por qué? En primer lugar, en la actualidad hay hambruna y desempleo en Centroamérica. Y, por más que se trate de controlar la frontera sur, cuando la gente tiene hambre, está dispuesta a arriesgar todo para adentrarse en Estados Unidos. Además, el desempleo en México aumenta. El turismo, la quinta fuente de divisas para México, descenderá drásticamente este año. En algunas ciudades turísticas ya se prevé que más de 40 por ciento de la planta laboral podría ser despedida.

No sorprendería que el incremento de desempleo fuera de más de un millón de mexicanos. Con tal incremento, se genera un movimiento de personas que migran al norte en busca de trabajo o cruzar la frontera. Pero, debido a la desaceleración económica en Estados Unidos, los sectores de la industria maquiladora son los más afectados, pues existe una disminución de 30 por ciento de exportación de esta industria, con el consiguiente desempleo. En la frontera no hay trabajo. En febrero, en la frontera norte, se esperaba un aumento de una población flotante de mexicanos y centroamericanos, pobres, desesperados, desempleados sin posibilidad de recurrir a la válvula de escape hacia el país vecino. Se prevé que algunos buscarán rutas más arriesgadas para entrar, con mayores posibilidades de morir. Quienes se queden en México será en ciudades fronterizas que no ofrecen empleos ni servicios públicos, como agua potable y servicios médicos. Eso se refleja en un aumento de crímenes, violencia y enfermedades.

También, hay que considerar que el desempleo en Estados Unidos se acrecienta. No se sabe cuánto afectará esto las remesas que envían los mexicanos. Éstas representan una de las fuentes de divisas

primarias de México, pero la situación en realidad es complicada. Si la gente no cruza, iguales dificultades habrá para el tránsito de drogas. Debe pensarse que el norte de México en estos momentos se ha convertido en un enorme almacén de drogas. ¿Será posible que México enfrente una oleada de drogadicción y violencia relacionada con el narcotráfico en la frontera, aunado a los demás problemas?

¿Terrorismo en México? Probablemente no. Pero, cuando esos aviones asesinos se incrustaron en las torres gemelas, todos fuimos testigos oculares de la muerte de miles de personas, incluidos muchos mexicanos. Informes de los medios indican que algunos involucrados en tales atentados quizás ingresaron a Estados Unidos por la frontera mexicana. También se informó que intentaron comprar aviones de fumigación en México. De haber usado este país como plataforma para atacar a nuestro vecino, los efectos de la fumigación de las sustancias mortales no habrían reconocido fronteras ni hecho distingos entre Juan López o John Smith, como tampoco ocurrió en el World Trade Center de Nueva York.

Al invocar ante la OEA el Tratado Interamericano de Ayuda Recíproca (TIAR), México, al igual que el resto de los países del hemisferio, reconoció que un ataque proveniente de fuera del continente contra cualquiera de los países de América se considera una agresión contra todos. El presidente Fox hizo bien en no claudicar y reconsiderar sus declaraciones en la OEA, aludiendo a que México estaba a punto de renunciar al TIAR; pero sumarse al resto del hemisferio al amparo de ese tratado puede generar responsabilidades y compromisos que el país no necesariamente desea asumir.

¿Y AHORA QUÉ?

En los meses y años venideros, cualquier nueva legislación, prioridad presupuestaria y la política exterior estadounidense reflejarán un Estado en crisis. La clase política ha cerrado filas alrededor del presidente, proporcionándole facultades legislativas, recursos y cobertura política necesaria para continuar con las operaciones militares, incluso más allá de las fronteras afganas. Bush pidió paciencia a sus connacionales, quienes parecen dispuestos a dársela.

En algunas encuestas, 56 por ciento de la población estadounidense aceptaría el uso de las fuerzas armadas hasta por cinco años contra la amenaza del terrorismo internacional. Pero en el segundo frente de combate, la guerra interna, parece que la sociedad no tiene la misma paciencia y fe en la capacidad del equipo presidencial para prevenir y reaccionar ante futuros ataques terroristas dentro del territorio nacional. Además, la recesión económica continúa.

Empiezan a surgir rumores de preocupación. Los republicanos y los demócratas están divididos en cuanto a la legislación destinada a la recuperación económica propuesta por Bush. Además, según algunos críticos, las declaraciones de que el gobierno preveía otra agresión terrorista y la lentitud para reaccionar ante los casos de ántrax, acrecentaron la confusión y desconfianza. Desafortunadamente, cuando se aplican reformas relativas a los ataques terroristas o a los tiempos de guerra, directa o indirectamente afectan a los inmigrantes. El endurecimiento de la seguridad en la frontera México-Estados Unidos afectó a los migrantes, documentados o no. No sorprendería que se militarizara esa zona, debido a las presiones de algunos congresistas. Recordemos que, en 1993, en respuesta al atentado a las torres gemelas, el Congreso aprobó una de las legislaciones más antimigratorias de los últimos quince años.

Es difícil imaginarse que en este momento cualquier decreto puede favorecer a los migrantes. Tampoco se soslaya el drástico efecto de la desaceleración económica en el desempleo de los migrantes, y cómo repercute en las remesas que envían a sus familiares. Para muchos países, éstas son sus fuentes principales de divisas.

En el caso de México, habrá que enfrentar las futuras decisiones en áreas neurálgicas para la política y el pueblo mexicanos; por ejemplo, la política petrolera, protección de las fronteras, apoyo militar, la respuesta hemisférica ante el TIAR e incursiones a México por agentes violentos del exterior y otros son temas neurálgicos. Además, México es uno de los nuevos miembros del Consejo de Seguridad de la ONU, por lo cual tendrá la responsabilidad de votar en decisiones delicadas, como las posibles represalias contra los países que alberguen terroristas, o decisiones fundamentales que incidan en el proceso de paz en Medio Oriente. ¿En México estaremos en la antesala de una lucha campal cada vez que el embajador mexicano dé su voto en el Consejo de

Seguridad? México ingresó al mismo en un momento muy complicado, además, siempre se ha dicho que tendrá un costo en caso de que apoye a Estados Unidos y por pertenecer al club de los países grandes. Nadie imaginó cuál era ese costo (cuyos intereses son elevadísimos), ni que sería por anticipado.

CONCLUSIÓN

¿Acaso en el año 2004 se hablará con añoranza de una época en la que la gente se comunicaba por carta y el abrir paquetes no se consideraba un riesgo para la vida? Estados Unidos fue a la búsqueda, para entregar y juzgar a los autores intelectuales de los atentados, así como para infligir daños a la infraestructura de los grupos terroristas, mediante bombardeos estratégicos con armas como las que se usaron en la guerra del Golfo Pérsico. En el mediano y largo plazo, y a través de los años, se esperaba que Estados Unidos ejecutara acciones estratégicas preventivas de pequeña escala a objetivos que aseguren la destrucción de la capacidad mortífera de los terroristas y así prevenir futuros atentados.

En el 2002, Bush enfrentó el fantasma de los fracasos de su padre, pues éste no logró su reelección, a pesar de los éxitos en el exterior, como la guerra del Golfo. Bush padre no supo cómo reaccionar ante la última desaceleración económica que enfrentó Estados Unidos a principios de los noventa. Al igual que en el caso de su progenitor, la reelección de George W. Bush dependerá sobre todo de su habilidad para trasponer la recesión económica de su país. Políticamente, el reto para este año —y para su amigo el presidente Fox— es el mismo: reactivar la economía en el actual clima de inseguridad e inestabilidad mundial.

Lo que urge en Estados Unidos y el resto del mundo es retornar a una situación de normalidad lo más pronto posible. Según el gobierno del presidente Fox, no todo es negativo para México, pues menciona que tras los atentados del 11 de septiembre, aquí se ofrecen mejores ventajas para la inversión extranjera que en la mayoría de los países. De acuerdo con los funcionarios de la administración de Fox: “Pocas economías puede haber en el mundo en estos momentos como México, que ofrezcan los tres elementos clave: seguridad, certidumbre y confianza”. Esperemos que esto sea cierto.